

afuera, al margen de la propia Convención, los movimientos de tropas de Francisco Villa alarmaron a Carranza quien, con tal motivo, desconoció la legalidad de la Convención. La Convención fracasó en su intento unificador y, poco después, Obregón destrozaba a Villa en los combates de Celaya y de León. El ejército zapatista fue sometido a un acoso constante por los carrancistas hasta que culminó, como se sabe, con el asesinato de su jefe Emiliano Zapata. En Chiapas se revive el propósito de la Convención de Aguascalientes. Se parte del supuesto de que la nación está profundamente dividida en lo político como consecuencia de una grave dislocación de las relaciones económicas y sociales del país. Se estima que este desajuste no es pasajero, sino que se ha lastimado la estructura misma de la sociedad mexicana. Por tanto, quienes convocaron a la Convención Soberana de Chiapas piensan que solo una recomposición de esa estructura puede restablecer la paz y la armonía que están a punto de perderse entre los mexicanos.

¿Cuál es la vía?

La agenda de la Convención consta de cuatro temas principales. El tema cuarto se refiere a las características de un gobierno de transición a la democracia, mientras que el tema tercero se refiere a la formación de un proyecto nacional que responda a las necesidades del pueblo mexicano. Es claro que quienes formularon la agenda, los zapatistas chiapanecos, pasan por alto el hecho de que en dos semanas más se realizarán elecciones para designar a un nuevo presidente de la República. Ellos no ceden en su idea de que estas elecciones serán anuladas (ciertamente por las razones legales que ya he expuesto en artículos anteriores) y por eso hablan de un gobierno de transición. Partiendo de este supuesto, hablan de formular un proyecto nacional, es decir, una nueva Constitución.

Los convencionistas de Chiapas están en su derecho soberano de formular cuantos proyectos salvadores de la patria les vengan en ganas. pero, descartada la vía militar ¿cuál será la vía de llevar a la realidad esos proyectos? ¿Ocurrirá lo mismo que en Aguascalientes, en 1914?. El tiempo lo dirá.

Lunes 8 de agosto de 1994.

La semana pasada

La hora del pueblo

Por fin llegó la hora en que la ciudadanía del país quedará libre del infernal acoso de los partidos políticos que se disputan la Presidencia de México. Las campañas electorales concluirán el día diecisiete y los candidatos presidenciales entrarán en receso, también libres del acicate que los impulsaba a cada hora, de día y de noche, a expresar a gritos las ideas que se proponen llevar a la práctica en el caso de ganar las elecciones del próximo domingo.

Llegó el tiempo de la meditación de la ciudadanía, a solas con su conciencia, acerca de la responsabilidad que le corresponde, ante sí y ante la nación, por el destino político que dé a su voto al depositarlo en las urnas electorales. Porque los ciudadanos ya tienen información suficiente para forjarse un juicio claro sobre las pretensiones de los candidatos y para decidir su propia conformidad con esas pretensiones, las de este o las del otro candidato. Es lógico esperar que en estos últimos días fragüen las opciones de la ciudadanía y que el voto

del próximo domingo sea un voto razonado, meditado en calma, con íntima seriedad. La suerte del proceso electoral va a quedar enteramente en manos de los ciudadanos.

Vieja y nueva democracia

Estas elecciones son las primeras que se realizan en México donde los ciudadanos van a votar menos por los candidatos que por las tendencias sociales que supone que éstos representan. A diferencia de elecciones anteriores, en las que el candidato constituía el centro de atracción de los ciudadanos ya fuese por la fuerza de su personalidad política o por el fulgor de sus ideas, las del próximo domingo están caracterizadas por una votación que reflejará claramente las inquietudes sociales de la población. Se votará por los candidatos, como es lógico; pero la votación será antes que otra cosa la proyección de los requerimientos y aspiraciones de los ciudadanos a través y por encima de los candidatos.

La sociedad mexicana no es la misma que la de hace apenas quince o veinte años. Ha madurado completamente. No sólo porque los medios de comunicación han llevado toda la información disponible a todos los hogares del país, sino porque los formidables cambios estructurales que ha sufrido la nación en los últimos años han cambiado el modo de vivir de los mexicanos y han puesto en estado de alerta a cada ciudadano que espera, en estas elecciones, imponer su propio punto de vista sobre los destinos nacionales. Si la democracia era antes una democracia hueca, una cuestión de números sobre la asistencia o inasistencia de los electores el día de los comicios, ahora esa democracia se anuncia plena de sentido, ejercitada por ciudadanos que ya no quieren ser comparsas sino sujetos reales de la designación de sus representantes. Tal vez los candidatos no tengan la altura necesaria para conducir estos nuevos impulsos

de la sociedad; pero debe entenderse que el pueblo no tiene otros conductos mejores para hacer llegar sus aspiraciones al poder público.

Ahora la conciencia de México es un sentimiento democrático vivo y ardiente regido por una clara voluntad de actuar.

Los riesgos

La campaña electoral ha concluido con imponentes movilizaciones populares en apoyo de los candidatos presidenciales. Este es un fenómeno nunca visto antes en elecciones mexicanas. Y esto significa que los ciudadanos en general y no sólo la clase política, ha entrado a los primeros planos de actividad política y social. Se han cerrado así muchos espacios de maniobra fraudulenta que antes viciaba los procesos electorales. Si no hasta el grado de la perfección, estas elecciones serán tan limpias como sea posible. Pero los intereses heridos por esta nueva democracia son igualmente muchos y poderosos. Ciertos privilegios económicos adquiridos de mala manera pueden ser afectados con el resultado limpio de las elecciones. Y es temible la capacidad de acción de los dueños de estos intereses para defender sus privilegios. Son temibles, también, los intereses extranjeros ya afincados en México y sus propósitos de expansión territorial. Son misteriosos los caminos que siguen los dueños de estos intereses para hacer valer su presencia en México. Y están los zapatistas de Chiapas, aún con las armas en las manos. Y también las provocaciones que pueden surgir de gentes menores, si sienten que serán desplazadas.

En fin. Son los riesgos de la nueva democracia.

Lunes 15 de agosto de 1994.

La semana pasada

¿Todo ha terminado?

Ayer, domingo, a la hora de escribir estas líneas, el pueblo de México permanecía aún formado en largas filas frente a las casillas donde iba a depositar su voto. Había pasado apenas el mediodía y no podían conocerse las tendencias de la votación. Por eso es imposible, para mí, formular juicios sobre el resultado de las elecciones. Hacerlo significaría incurrir en improvisaciones, semejantes a las de las encuestas previas al acto electoral, o en juicios de valor carentes de fundamento. Sin embargo, en el curso de las horas de este lunes se darán a conocer oficialmente los primeros datos sobre la votación y entonces se podrá determinar con cierto margen de certeza quien y quienes fueron los vencedores en esta justa electoral. El pueblo espera ansiosamente dos anuncios oficiales: uno, que las elecciones fueron limpias y creíbles; y, otro, el lugar que ocupó cada candidato en la escala de preferencias de los electores. Esto es lo que espera el pueblo, como remate y punto final de estas elecciones. Sin embargo...

Ahora empieza el baile

Desde el punto de vista formal, con estos anuncios debería concluir el proceso electoral como en cualquier país civilizado. Y, ciertamente, este proceso concluye en su fase electoral; pero sólo para convertirse en un delicado problema político social. Porque si es cierto que los ciudadanos pueden darse por satisfechos con los anuncios oficiales del resultado de las elecciones, también lo es que, por encima de la masa ciudadana y de los organismos oficiales que controlaron el curso de las elecciones, existen grupos políticos, económicos y sociales que sólo reconocen el resultado de las elecciones si está de

acuerdo con sus particulares intereses. No son estos grupos, por supuesto, los que van a decidir finalmente quien fue el vencedor y quienes los perdedores en la elección; pero sí son los que se encargan de armar mitote en gran escala desde este lunes hasta los próximos días de noviembre, cuando la Cámara de Diputados declare la legitimidad de la elección. Se trata de la COPARMEX (Confederación Patronal de la República Mexicana), organización política ultraconservadora que, a propósito de las elecciones, declaró la semana pasada que:

... el País no quiere que algunos... decidan por la mayoría en favor de la violencia o en favor de apartar nuevamente a la sociedad de las posiciones que ha conquistado.

En la misma actitud están los banqueros, los ganaderos y los altos círculos de la burguesía burocrática. Para ellos el País no quiere cambio, opinen lo que opinen los electores. En el lado contrario están los grupos populares organizados, organizaciones campesinas, intelectuales y zapatistas que se han poco menos que juramentado para cerrar el paso al PRI a la presidencia de la República. Y, como la gran apuesta de estas elecciones no se reduce al simple cambio de hombres en el poder, sino al cambio o permanencia de todo el sistema político nacional, puede esperarse que ambos bandos no se rajen de las advertencias que formularon en el curso de la campaña electoral contra el fraude, es decir, contra la manipulación del voto de los electores. Y, aunque no hay quien certifique si hubo fraude o no lo hubo, ese hecho, realidad o pretexto, será el punto de apoyo para abrir las hostilidades, P'al baile vamos.

Dies irae

Las armas que se usarán en esta contienda anunciada serán, sin duda, por parte del bando de los conser-

vadores, de los que se oponen al cambio, las maniobras en la Bolsa de Valores y el saqueo de dólares en gran escala. Aunque sean éstas acciones negativas, se practican en la idea de que todo es válido para detener el cambio de la situación actual propuesto por el bando contrario. Y, en lo que a éste toca, sus armas serán las movilizaciones populares y tal vez uno que otro tiro en la Sierra Madre Occidental. No se trata, pues, de que uno de los bandos quede satisfecho con el resultado de las elecciones y el otro desencadene sus operaciones de protesta. Porque en el momento en que se produzca esta protesta, y según su magnitud, el otro reaccionará con sus propias armas. Así se anunció, el conflicto (Juan Sánchez Navarro: no aseguramos que no haya fuga de capitales. Cuauhtémoc Cárdenas: tomaremos calles y plazas el veintidós de agosto)

Esperemos a ver qué pasa.

Lunes 22 de agosto de 1994.

La semana pasada

La barca de oro

Fue evidente el hecho de que, en esta semana pasada, las cifras correspondientes a la candidatura de Ernesto Zedillo, fueron elevándose progresivamente, día con día, en lo que parecía el intento de algún manipulador desconocido de alcanzar y sobrepasar la barrera del cincuenta por ciento de los sufragios del pueblo. Al iniciarse el conteo de los votos la candidatura de Zedillo estaba favorecida con el cuarenta y siete por ciento de los votos y, durante un par de días, mantúvose fluctuando entre esa

cantidad y el cuarenta y ocho por ciento de la votación. Las otras candidaturas estaban respaldadas por cifras menores, muy lejanas de las ostentadas por Zedillo. Por lo demás, todo daba la impresión de que estaba efectuándose un cómputo escrupuloso y, por consecuencia, lento. Los partidos políticos que aparecían con votaciones menores que la de Zedillo esperaban que, conforme avanzara el cómputo, sus propias cifras de votación se elevarían, en tanto que, para estos partidos, la votación anunciada como favorable a Zedillo era alta y, extrañamente, demasiado alta. Pero, por lo pronto, las cosas no sucedieron de acuerdo con las esperanzas de estos partidos. Porque la votación favorable al candidato del PRI siguió aumentando, como por goteo, hasta alcanzar y superar la proporción del cincuenta por ciento de los votos. Y fue en ese momento cuando el tranquilo ambiente que prevalecía sufrió una intensa conmoción.

Diego de Ceballos y su partido admitieron su derrota, como lo hizo, también, la candidata del Partido del Trabajo, Cecilia Soto. Sólo Cuauhtémoc Cárdenas denunció la posibilidad de un gigantesco fraude que habría distorsionado la auténtica voluntad de los electores. Diego de Ceballos y Cecilia Soto tomaron posiciones en contra de Cárdenas instándolo a conformarse con los resultados aparentemente indiscutibles de la votación.

La revirada

Así las cosas, el líder principal de la corriente panista en el estado de Guanajuato, Vicente Fox, emitió unas declaraciones agresivas en contra del partido oficial y de su candidato llevándose de encuentro, también, al gobernador de Guanajuato quien, igual que Fox, pertenece al PAN. Fox habíase mantenido alejado del proceso electoral y, por eso mismo, sus declaraciones causaron sorpresa, y tal vez temor, en el círculo de indi-

viduos que dirigen al PAN a escala nacional. No es admisible, dijo, más o menos, el señor Fox, el resultado final de las elecciones que proclama la Comisión Federal Electoral: *no es creíble el triunfo de Zedillo porque no es creíble que un pueblo hambriento haya votado masivamente por quienes lo hundieron en el hambre*. Eso dijo el señor Fox y afirmó que regresa a la lucha en defensa de la democracia. El impacto de estas declaraciones en el PAN fue inmediato. Primero Diego de Ceballos recuperó los ánimos perdidos para declarar, a su vez, que no se retiraba del proceso electoral; y después, el Comité Nacional del partido anunció que seguía en la lucha porque estimaba que el cincuenta por ciento de los votos acreditados a Zedillo era algo irracional. Y las cosas no pararon ahí. Después de las declaraciones de Fox y del comité Nacional del PAN vinieron otras, las del grupo zapatista armado que opera en la selva de Chiapas, en las que también repudió los resultados de la votación atribuidos a Zedillo. El criterio del grupo zapatista es que la lucha contra el PRI debe quedar a cargo de los diversos organismos de la sociedad civil sin recurrir a la violencia.

El gozo al pozo

Como si fuera una respuesta a la revitalizada actitud de los partidos, de los candidatos y grupos de oposición, el Director del Instituto Electoral Federal anunció el sábado pasado que el nivel de la votación alcanzado por el PRI había descendido del cincuenta al cuarenta y ocho por ciento, noticia que cambiaba completamente los términos del problema electoral. Se hizo posible la posibilidad, o, mejor dicho, la certeza, de que la elección para Presidente de la República será anulada por la Cámara de Diputados en cuanto ninguno de los candidatos obtuvo la mayoría de los votos emitidos. Es bien sabido que no puede ser legítimo el origen de un presidente que no haya sido elegido por la mayoría del pueblo, expresa-

da por la mayoría de los electores. El mismo sábado Cuauhtémoc Cárdenas declaró ante sus partidarios reunidos en el Zócalo que no reclama el triunfo electoral para sí; pero que no lo reconoce a ningún otro candidato. Con estas palabras, Cárdenas se somete al juicio de la Cámara de Diputados. Y ya no hay duda: tendremos a Camacho Solís de Presidente interino.

Lunes 29 de agosto de 1994.

La semana pasada

La calma chicha

La semana pasada se produjo una especie de calma chicha en lo que concierne al proceso que está en marcha para designar a un nuevo Presidente de la República. Parece que se hubiese tendido un velo de silencio sobre toda la cuestión electoral. El candidato del Partido Acción Nacional, Fernández de Ceballos, se retiró de hecho de toda actividad pública después de previos aspavientos sobre su regreso a la política militante. Este retiro fue interrumpido sólo con algunas declaraciones de tono menor acerca de reales o supuestas conversaciones con Cuauhtémoc Cárdenas, realizadas en la casa de un fulano que resultó amigo de ambos personajes.

De su lado, Cuauhtémoc Cárdenas bajó sensiblemente el tono beligerante de sus palabras mientras que los candidatos de baja estofa hicieron mutis del escenario político. Ernesto Zedillo, de quien se esperaba una animada actividad pública por haber proclamado él su triunfo electoral ¡se fue de vacaciones! dejando plantados a partidarios y amigos que deseaban felicitarlo por

su victoria sobre los otros candidatos. Los zapatistas de Chiapas olvidaron sus amenazas contra el PRI y se hundieron en la selva a meditar seguramente sobre no se sabe qué. Y los medios de comunicación silenciaron, a su vez, sus informaciones en lo que toca a la elección presidencial para ocuparse de las pequeñas pugnas surgidas en ciertos lugares del País con motivo de la elección de alcaldes y diputados locales. Todo estaba sospechosamente tranquilo en el frente de batalla electoral, como si hubiese calma chicha semejante a la que engaña a los nevegantes al entrar al Triángulo de las Bermudas.

La bomba de tiempo

No obstante, Cuauhtémoc Cárdenas ocupó su tiempo en indagar abusos, faltas y violaciones directas a la ley en el manejo de las boletas de elección según la documentación acumulada en el Instituto Federal Electoral. El propósito anunciado por Cárdenas es el de integrar un gran paquete que contenga las evidencias del manejo fraudulento de esas boletas para presentarlo como prueba del *fraude gigantesco* que ha denunciado. A este propósito, el señor Samuel del Villar, representante del PRD ante el Consejo General del IFE, declaró este sábado pasado que ha interpuesto recursos de nulidad de la elección en ciento noventa distritos de los trescientos en que está dividido el País. Esos recursos han sido admitidos ya para estudio y resolución por el Instituto Federal Electoral. Se ve claramente que el PRD está buscando la nulidad de la elección de Presidente de la República por la vía cuantitativa, que consiste, como se ve, en acumular tantas irregularidades en el manejo de las boletas electorales que, en caso de ser aceptadas como tales por el IFE hagan necesaria la nulidad de la votación general.

El procedimiento es laborioso.

Sin embargo, todo permite suponer que si el PRD, o sea Cuauhtémoc Cárdenas, logra obtener la evidencia de que miles o millones de boletas fueron manipuladas en la elección para presidente de la República, entonces el Partido Acción Nacional respaldará su exigencia de anular esa elección. Esto hace creíble el rumor de las conversaciones de Cárdenas con Fernández de Ceballos. De todos modos, causa extrañeza que los intelectuales que rodean a Cárdenas no hayan pensado en unir, al cuantitativo, el argumento cualitativo, que consiste en que las boletas electorales usadas indebidamente constituyen evidencia de un delito más grave que el puramente electoral, puesto que se trata de un delito contra la legitimidad de los poderes públicos, o sea, un delito contra la legitimidad del Estado.

Se trata, ciertamente, de un delito de disolución social. Pero tal vez Cárdenas, y aún Acción Nacional, piensen en ese y en otro argumento distinto que, como bomba de tiempo, están reservados para el momento en que la Cámara de diputados se reúna para calificar la elección.

Un alemán llamado Kelsen.

Hans Kelsen, personaje conocido en los medios universitarios por ser el autor de la Teoría del Derecho, dice, en sus Lecciones Universitarias:

Si un cuerpo electoral elige solamente a un representante, el principio de mayoría será naturalmente decisivo. Desde un punto de vista democrático tendría que exigirse, en este caso, una mayoría absoluta. Si hubiera de elegirse a quien a obtenido el número de votos relativamente mayor, ello equivaldría a un dominio de la minoría sobre la mayoría. La formación de una mayoría absoluta resulta, sin embargo, perjudicada (como en México,

J.M.E.) si se permite a los votantes una ilimitada libertad en la elección de sus candidatos.

En México, ningún candidato alcanzó la mayoría absoluta. La elección, aún con todas sus irregularidades, no es congruente con el artículo 40 de la Constitución. Y es aquí dónde...

Lunes 5 de septiembre de 1994

La semana pasada

La máscara democrática

Este sábado pasado Ernesto Zedillo, el casi Presidente de la República en el próximo sexenio, se reunió con la comisión de Ideología del PRI para ofrecerle un proyecto de reforma al partido con la finalidad de que éste se enseñe a caminar con sus propios pies, sin las muletas económicas ni el auxilio de la fuerza pública del gobierno. Esta comisión de ideología que, por la naturaleza de su encargo, resulta tan totalitaria como lo fue la Comisión de Control Político del desaparecido partido comunista mexicano, está compuesta, como se sabe, por unos veinte grandísimos ideólogos encabezados por Jesús Reyes Heróles, pariente de aquel otro Heróles que fue autor, junto con López Portillo, del desmadre de la organización político-electoral de México logrado mediante la paranoica Ley de Organizaciones y Procesos Electorales. Porque el desastre político de México viene desde el tiempo en que los dos personajes mencionados creyeron que la abundancia que reinaba en el País era irreversible y no debida a una pasajera alza en el precio del petró-

leo; creyeron, por tanto, que el gobierno estaba obligado a coronar la modernización material de la nación con un sistema político igualmente moderno que perfeccionara la apariencia de una nación supercivilizada en todos sus niveles de actividad, en el económico, en el político y en el puramente social.

Con base en esa ley no sólo confirmaron la existencia de los partidos políticos ya formados, sino que inventaron otros y, cuando la tela no dio para más partidos, se autorizaron *asociaciones políticas*. Todo en la idea de que las *diversas corrientes sociales e ideológicas* de la nación tuvieran oportunidad de estar representadas en los poderes públicos estatales y federales. Pero, como también se sabe, este traje de luces le quedó holgado al País.

Cuando el precio del petróleo se derrumbó y nos quedamos con la deuda externa (fincada en la garantía del precio del petróleo) y, como consecuencia de nuestra falta de recursos quedaron inconclusos los proyectos de crecimiento del País sobrevino la crisis general de la nación y su exponente principal, la desocupación masiva. Entonces la máscara democrática Heróles-López Portillo demostró su total inutilidad para mantener unida a la nación, para asegurar la equitativa distribución de la carga de la crisis y la correcta administración de los fondos oficiales. En vez de darle un horizonte común al pueblo los partidos políticos fomentaron la discordia. Todo en nombre de la democracia.

Sin embargo, es esta máscara la que acaba de arrancarse de su rostro la sociedad mexicana al retrotraer, con sus votos, el esquema de la organización político-electoral del País a los tres o cuatro partidos que existían antes de la LOPE. Los votos quedaron repartidos entre el PRI, el PAN, el PRD y el PT, mientras que cinco partidos que según Heróles-López Portillo representaban *corrientes sociales e ideológicas* diversas, fueron enviados por el pueblo al cesto de la basura.